

CUADERNOS

historia 16

Los Mayas

Miguel Rivera Dorado y Manuel Ballesteros Gaibrois



16

Entrega n.º 16 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado a la cultura maya.

Figurilla maya de la isla de Jaina.

Indice

LOS MAYAS

Culturas prehispánicas

Los pueblos del maíz

Por Miguel Rivera Dorado

Profesor de Arqueología Americana.

Universidad Complutense de Madrid

La cultura maya

Por Manuel Ballesteros Gaibrois

Catedrático de Historia de América Prehispánica

Universidad Complutense de Madrid

Misterios y enigmas

Por Miguel Rivera Dorado

Profesor de Arqueología Americana.

Universidad Complutense de Madrid

Bibliografía

Culturas prehispánicas

LOS investigadores europeos han sido proclives a considerar las civilizaciones que surgieron en América antes de Cristóbal Colón como manifestaciones culturales ligadas al llamado *mundo primitivo*. Por ello suelen todavía ser clasificadas entre las que fueron descubiertas a la curiosidad renacentista por la expansión iniciada con los viajes y exploraciones del siglo xv. Desde esta errónea perspectiva, la apreciación de las realizaciones indígenas quedó relegada primero a los gabinetes de historia natural y luego a las instituciones dedicadas al estudio del hombre. Tal prejuicio, no exento de arrogancia, está anclado en el cientifismo decimonónico y en el etnocentrismo característico de las sociedades colonialistas que basan el progreso en los avances materiales y tecnológicos.

Felizmente, ideas tan poco sensatas están empezando a desaparecer de los manuales y de las cátedras universitarias. No es ajeno a ello el cambio experimentado por las ciencias sociales e históricas, aunque también es cierto que el profundo conocimiento que ahora tenemos de las viejas civilizaciones del Nuevo Mundo permite corregir muchas afirmaciones precipitadas sobre el lugar que les correspondía en la historia universal. En efecto, el salto cualitativo que se ha dado en los últimos veinte años respecto a lo que podríamos llamar el análisis del modo de vida de las sociedades precolombinas, protagonizado sin duda por arqueólogos y antropólogos culturales, es de tal envergadura que ahora, por fin, nos hallamos en condicio-

nes de trastocar las clasificaciones pretéritas e incluir a aquellos pueblos entre los de la antigüedad mediterránea y oriental.

Mayas, incas, aztecas, mochicas, olmecas, teotihuacanos, zapotecas o tiahuanacotas deben ocupar su sitio junto a egipcios, fenicios, sumerios, griegos, hititas o chinos. Antes que nadie son los españoles quienes deben reconocerlo así, siguiendo el ejemplo de sus antepasados del siglo XVI, y extender el conocimiento de unas sociedades a las que avasallaron en la misma medida en que ayudaron a su perpetuación a través de las instituciones coloniales, de las crónicas y del mestizaje.



Vista general del llamado Palacio en Palenque, una de las construcciones más espectaculares de la cultura maya.

América empieza en el Polo Norte y termina en el Polo Sur, o viceversa, y en tantos miles de kilómetros del colosal continente se cuentan otros tantos miles de paisajes diferentes, con habitantes antiguos y modernos que han

producido maneras diversas de adaptarse al medio y singulares manifestaciones de su especial inquietud por uno u otro de los aspectos de la cultura. Quiero decir que hay gentes nómadas dedicadas a la caza y que apenas dejan o han dejado huellas materiales de su paso, y otras que en rincones favorables o sobre el rudo suelo del páramo elevaron sorprendentes ciudades y tuvieron complicados sistemas de gobierno.

Dos áreas componen la llamada América Nuclear, donde surgieron en la antigüedad los estados más poderosos y las civilizaciones más florecientes: Mesoamérica, es decir, gran parte del territorio actual de México, Guatemala, Belice, Honduras y El Salvador; y los Andes Centrales, con Perú y parte de Bolivia. En esas vastas superficies, y en casi tres milenios de civilización prehispánica, destaca un pueblo que vivió oculto entre la frondosa vegetación de las selvas tropicales, que alcanzó altas cimas intelectuales y artísticas, y cuyo momento de mayor apogeo se quebró súbitamente sin que nadie haya encontrado explicación plausible a la formidable catástrofe tras la cual quedó el vacío y la desolación.

Los mayas, un nombre que evoca misterios y enigmas que parecen insolubles, pero también una escultura y una pintura exquisitas, decenas de hermosas ciudades engullidas por la jungla, altísimas pirámides sobresaliendo por encima de la maleza, la única escritura verdadera que inventaron los indígenas precolombinos, y una férrea voluntad de libertad e independencia que transformó la empresa de la conquista de Yucatán en una de las más costosas, dilatadas y sangrientas acciones militares que llevaron a cabo los españoles.

Imposible describir en el corto espacio de estas páginas todas las realizaciones y logros de la civilización maya. Pese a todo, resumiremos lo mejor posible la historia maya, hablaremos de su economía, de su organización social, de su religión, de su cultura, de sus increíbles realizacio-

nes artísticas, de su obsesión por la medición del tiempo. Y de los enigmas que todavía plantea la civilización maya, sin duda la más avanzada y rica del continente americano antes de la llegada de los europeos.



Estela de Ceibal, en la actual Guatemala.



Doble página del códice Trocortesiano conservado en el Museo de América, Madrid.

Los pueblos del maíz

Por Miguel Rivera Dorado

Profesor de Arqueología Americana. Universidad Complutense de Madrid

PARA muchos arqueólogos, lo que caracteriza a la civilización maya es el conjunto de los cuatro rasgos culturales siguientes: una escritura jeroglífica que tiene más de setecientos signos diferentes, un procedimiento particular de cubrir los edificios mediante la aproximación de hileras y el hormigón, un complejo escultórico y ritual que incluye en asociación estelas y altares, y un sistema de medir el tiempo que parte de un punto inicial o «comienzo de era». Es evidente que hay que reconocer además como típicamente maya el estilo artístico que se desarrolló en una región de las tierras bajas tropicales mesoamericanas durante más de mil años, así como ciertos patrones de asentamiento sociales, políticos y religiosos. El territorio cubierto por tales manifestaciones es el de los estados mexicanos actuales de Yucatán, Campeche, Quintana Roo y zonas de Chiapas y Tabasco, con los departamentos guatemaltecos del Petén e Izabal, el noreste de Honduras y la colonia británica de Belice, Todo él se sitúa por debajo de los 1.000 metros de altitud, tiene altas temperaturas durante todo el año y una abundante vegetación natural que no tolera las heladas.

Los tres periodos en que se divide la evolución de la cultura maya son: el Formativo o Preclásico, entre el siglo X a.C. y el siglo III d. C.; el Clásico, entre los siglos III y X d. C.; y el Posclásico, entre el siglo X d. C. y la conquista española.

Durante el Formativo, gentes que bajan del altiplano de Guatemala van ocupando las orillas de los grandes ríos y lagos del Petén. Vestigios de sus aldeas han sido identificados en sitios como Altar de Sacrificios y Ceibal, en los ríos de la Pasión y Usumacinta. Estos grupos igualitarios, que cultivan la tierra y poseen cerámica, se extienden poco a poco hacia las selvas interiores fundando nuevos poblados, y en ese momento, pocos siglos antes de la Era cristiana, reciben aportaciones de la cultura de Izapa, cuyo ámbito de expansión llegaba desde la costa del Pacífico de Chiapas hasta el lugar de Kaminaljuyú en los altos. Estimulados por estas influencias, los mayas construyen los primeros templos sobre basamentos piramidales e inician los procesos de diferenciación social que habían de culminar en el período siguiente.

Por otra parte, en la fecha maya 8. 12. 14. 8. 15, es decir, en el año 292 de nuestra Era, se talla la primera estela de piedra de que tenemos noticia. El ritmo de homogeneización de la cultura de las tierras bajas viene marcado por la extensión que va alcanzando, a partir de ese momento, la costumbre de erigir estelas fechadas y el culto que acompaña a estas esculturas. Hasta el año 435 sólo se encuentran estelas en Tikal, Uaxactun, Balakbal y Uolantun, o lo que es igual, en una región que comprende los alrededores del lago Petén Itzá y el noreste del Petén. La ideología que emana de estos centros focales llega prontamente y es aceptada en el inmenso territorio; hacia finales del siglo V ya hay estelas dedicadas en Toniná, Copán y Oxkintok, desde Chiapas hasta el norte de la península de Yucatán.

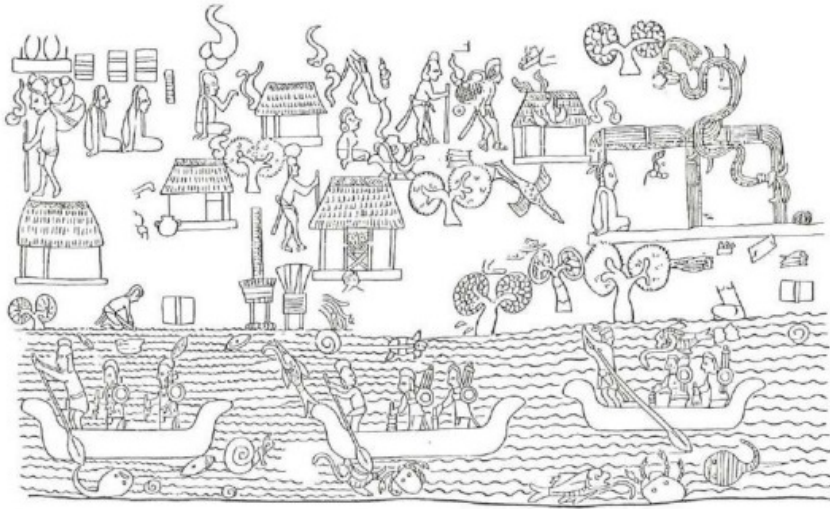


Escenas de caza de un venado según el códice Troano. Los mayas practicaron la caza no sólo como forma de subsistencia, sino también como deporte y pasatiempo.



Políticamente, el área maya se encontraba dividida durante el periodo Clásico en varios «distritos» de tamaño desigual, pero cada uno bajo el gobierno seguramente absoluto de un señor o Halach Uinic. Hoy en día, después de importantes avances en el desciframiento de la escritura jeroglífica, se han identificado los signos o emblemas de algunos de esos distritos y sabemos los nombres de sus gobernantes. Por ejemplo, el señor Escudo-solar reinaba en la ciudad y distrito de Palenque hacia mediados del siglo VII, y en 671 aproximadamente llegó al poder su sucesor Jaguar-serpiente. Otras listas dinásticas van siendo

obtenidas de las inscripciones de Tikal, Quiriguá, Naranjo, Yaxchilán o Piedras Negras, y con ellas los mayas entran en la historia política tradicional.



Reproducción de un fresco que representa un pueblo de pescadores (Chichén Itzá).

A lo largo de los siglos IX y X, y por razones todavía desconocidas, son abandonados los centros ceremoniales del Petén, Belice y valles del Motagua y Usumacinta. No se vuelven a grabar fechas completas en las estelas, y la civilización, localizada ahora en el norte y la parte media de la península de Yucatán, toma nuevos derroteros. Este último período, el posclásico, se suele dividir en tres fases:

1. *Predominio de Chichén Itzá*: Esta vieja ciudad clásica fue ocupada hacia el año 987 por un grupo étnico procedente del sur, de la costa de Tabasco probablemente, que se conoce como Itzá. Algo más tarde, otras gentes, mandadas quizás por un señor de nombre Kukulcán, fundan Mayapán. Todos ellos introducen en tierra maya rasgos culturales toltecas originados en el altiplano de México. Los linajes Itzá, Cocom y Xiú se imponen a las poblaciones

preexistentes y modifican de manera sustancial sus costumbres y creencias religiosas.

2. *Predominio de Mayapán*: Después de algunas intrigas, Hunac Ceel, señor de Mayapán, declara la guerra a Chichén Itzá y, posiblemente con la ayuda de mercenarios mexicanos, destruye la ciudad hacia 1200. El poder del linaje Cocom durará hasta 1441 en que, aliados varios jefes maya-toltecas bajo la dirección de Ah Xupán Xiú, saquean Mayapán y matan al Halach Uinic y a sus hijos.

3. *Desintegración*: Con la caída de Mayapán desaparece la última poderosa ciudad-estado de Yucatán. Sigue en la mitad norte de la península un tiempo de guerras y desorganización política, durante el cual más de veinte pequeñas provincias se mantienen en conflicto permanente. A pesar de ello, los españoles tardarán casi veinte años (1527-1546) en conquistar y pacificar el territorio. El último reducto maya en las tierras bajas, Tayasal, logrará mantenerse independiente hasta 1697 amparado en la densa selva petenera.

Economía agraria

La economía maya gira en torno a la explotación de los recursos del bosque tropical húmedo para cubrir las necesidades de una sociedad compleja y estratificada. El modo de producción en su conjunto viene definido por las relaciones económicas entre el campesinado y el grupo dirigente. Tales relaciones se traducen en pautas de comportamiento social y en la ideología que las enmarca. Podemos afirmar, con palabras de Pedro Carrasco, que la base de la economía era una estructura de dominación derivada de la existencia de dos estamentos fundamentales, los nobles que formaban como personal de gobierno la clase dominante, que controlaba los medios materiales de producción, y los plebeyos que eran la clase trabajadora de-

pendiente política y económicamente de la nobleza. La primacía del factor político en la organización de la economía se ve en que es éste el que explica los procesos de producción y distribución. Es indudable que la economía de Mesoamérica era preindustrial, es decir, que la rama más importante de la producción era la agricultura, de la que se obtenían no solamente alimentos, sino materias primas para muchas artesanías. El medio de producción básico es, en consecuencia, la tierra, y tanto la tierra como la fuerza de trabajo estaban controladas por el organismo político.

Los recursos de las tierras bajas pueden dividirse en vegetales, animales y minerales. Entre los primeros el más importante era el maíz, al que siguen los tubérculos, el chile, las calabazas, los frijoles, el cacao, la vainilla, el ramón o árbol del pan, los zapotes etc., todos ellos de consumo directo e inmediato: y como plantas destinadas principalmente al intercambio o que debían sufrir procesos de transformación, el copal, caucho, algodón, tabaco, achiote y otras semillas colorantes, madera y hojas de varias especies de palmas, y la corteza del *ficus*. Los animales que se cazaban o pescaban con destino a la alimentación o para aprovechar sus pieles, huesos, dientes y grasa, eran venados, armadillos, pájaros de rico plumaje, jaguares, iguanas, y en los ríos, lagos y costas de los mares, una gran variedad de peces, moluscos y crustáceos. Entre los recursos minerales citaremos la piedra caliza, el pedernal, las arcillas y algunas piedras duras.

En la sociedad clásica existía una estricta división del trabajo, tanto en términos de edad y sexo como en función del rango y probablemente de acuerdo con las especializaciones adscritas a los diferentes linajes. Observaciones recientes indican que el agricultor maya yucateco trabaja en el campo solamente ciento noventa días al año, con una parcela o milpa de 4 a 5 hectáreas de extensión. De esta manera consigue una cosecha regular que es sufi-

ciente para alimentar a toda su familia. Si aceptamos estos cálculos para la antigüedad, el campesino dispondría de ciento setenta y cinco días para las actividades públicas y para los trabajos complementarios de la unidad doméstica. Mientras el hombre, ayudado por su esposa e hijos en las ocasiones precisas, trabaja la tierra, la mujer permanece en la choza preparando los alimentos, confeccionando los vestidos y cuidando de los hijos pequeños, del huerto anejo a la vivienda y de los escasos animales de corral.



Mapa del territorio donde se desarrolló la cultura maya.

Por tanto, la unidad mínima de producción era la familia campesina. En ella se producían alimentos mediante el